



Jose Sanz
<http://josesanzsaez.weebly.com>
El vuelo 507

El vuelo 507 había tenido un ligero retraso por causas ajenas al propio aeropuerto. Bonito eufemismo para justificar lo injustificable. Así que, los pasajeros estábamos un tanto indignados. Después de soportar los controles que descalzan a los viajeros. Que sospechan de un abuelo que hace saltar los detectores de metal con su prótesis de cadera. La tensión se acumulaba en el pasaje. Ver llegar al comandante González, así lo indicaba una placa en su americana, apoyándose en los hombros de dos sufridas azafatas y con aspecto demacrado no fue tranquilizador.

Cuando se cerró la puerta de la cabina la azafata rubia y fea susurró a la morena que le faltaba una muela: "El cabrón vuelve a estar borracho". Al oírlo pensé en la desgracia que suponen los vuelos low-cost: pagas poco y poco puedes exigir. El caballero que estaba a mi lado, al grito de "que les den por el saco, yo me las piro", cogió su equipaje de mano y se escurrió entre la puerta de embarque que se empezaba a cerrar. Dejo atrapado en el cierre estanco de la puerta del avión, una parte del pantalón. Nunca supe si realmente había podido huir del aparato, o aún continuaba al otro lado de la puerta agarrado a la manilla. Un señor justo detrás de mí elevó la voz ante la situación:

—¡El piloto va borracho! —gritó.

Inmediatamente la azafata rubia, la azafata morena y un azafato negro grandón negociaron con el vociferante pasajero para que se callara. Fue definitivo que le sirvieran un gintónico sin costo para que el elemento subversivo callara.

El despegue del vuelo 507 fue horrible. Traqueteos, giros bruscos, acelerones y frenadas injustificadas. Cuando el avión se elevó todos respiramos ligeramente más tranquilos. Poco duró la calma. La voz del comandante González sonó:

—Buenos días cabronez, vamos a pasar un vuelo de la hoztia, ja ja ja. Así que abrocharos los cintolones

La comunicación se cortó bruscamente y un nuevo salto del avión nos confirmó lo que ya intuíamos: el piloto tenía una castaña del diez y nosotros estábamos en sus manos. Pese a que las azafatas salieron a sonreír al pasaje para tranquilizarlo, su inocente comentario entre ellas, "Este piloto es un hijo de puta", hizo que la revolución estallase.

Voces, gritos, una patada en los huevos al señor que pedía calma. Una violación de la azafata rubia en el baño al grito de "nosotros pagamos nosotros exigimos", una reconciliación amorosa de una pareja que llevaba años sin hablarse: "Pepe yo te necesito", decía ella mientras se besaban en el tumulto.

La exaltación exigía la decapitación del piloto y una vez que el pasaje consiguió que el azafato negro grandón se pusiera de su parte, se dirigió a la cabina del avión con intención de hacer justicia. Abrieron la cabina y vieron al comandante vomitando en una esquina, mientras nadie se encontraba a los mandos. Alguien preguntó por el copiloto y la azafata morena que le faltaba una muela dijo que no había podido venir y luego añadió: "Cosas del low-cost".

Se formó una asamblea para decidir sobre la forma adecuada de gestionar la crisis, ya que los encargados de ello habían fracasado. La dirigía uno que vio en la tele a los indignados del 15M, y vio ciertas similitudes entre el problema y la solución posible. Al final, la junta popular en decisión soberana del pasaje, decidió que alguien debía pilotar el avión. Descartaron a la peluquera, pese a su experiencia en pilotaje del carrito de sus gemelos. Rechazaron también, a un camionero gordo porque pese a su experiencia en rutas internacionales, no se había traído las gafas y no veía ni torta. Eliminaron como opción posible, a un piloto de transpaleta de un almacén de tubos que presumía de poner el avión en la balda adecuada.

Cuando la asamblea del pasaje soberano estaba deliberando la respuesta, que, por supuesto, sería unánime, libre y representativa del pueblo, sonó a su lado la voz de piloto que desprendía aroma a ron:

—No tenéis ni puta idea de manejar este chisme, así que, os guste o no, lo manejo yo o nos vamos a tomar por el culo cablones

Todos nos sentamos y abrochamos los cinturones. Cabizbajos aceptamos la única solución razonable. El piloto estaba pedo pero era el único que podía manejar el avión. El hombre que pedía calma en el tumulto anterior, dijo que era igual que en la política del país: los políticos eran quienes sabía pilotar la nación y nosotros su pasaje prisionero. A pesar de tener su parte de razón alguien le volvió a dar una patada en los huevos. Acatamos la realidad pero que no nos la restrieguen por dios. Un poquito de por favor.